

Ganar perdiendo

Juan Velásquez Molieri

El orteguismo sabe que arrasar en las elecciones municipales, lejos de parecer un triunfo resultará un fracaso político. La decisión de la clase política cómplice de "estar" en esas elecciones le conviene. El macrochantaje está funcionando, pues si no participan, les llegará el castigo.

Una elección con tales resultados develará que durante años el orteguismo ha manipulado -por las vías que sean-, el estado del país, al pueblo, a la juventud, a la oposición y al CSE hasta conseguir y tener una prebendaria participación opositora. El exceso de fuerza del orteguismo, lejos de favorecer al orteguismo, lo afectará a lo interno y a lo externo.

Todo este proceso demostrará también que el orteguismo, sin necesitarlo, no juega ni jugará limpio en ninguna elección por ventajismo, por aseguramiento y quizá hasta por temor al poder que tiene la verdadera oposición, que reside en las estructuras de la sociedad civil.

La clase política "opositora" ha descendido a una posición vergonzante, por comprada y timorata; existe porque los medios de comunicación llenan con ella sus vacíos espacios noticiosos o por necesidad de material informativo. Los progra-

mas matutinos de TV son pésimos.

Los antecedentes de esta crisis inician desde la oxigenación que se le concedió al orteguismo en la firma de los Pactos de Transición en 1990. Se le sostuvo su estructura política y la división de la oposición inició desde el seno de la UNO. Aquel gobierno no aprovechó su fuerza para lesionar más al sandinismo; fue una transición tolerante. Los enemigos en la guerra eran primos y comandantes, y en la paz los mismos primos y comandantes fueron co-gobernantes. La paz fue un logro, es cierto, pero esa paz se pagó con la tolerancia de que los abusos quedaran impunes.

Una prueba es que la piñata todavía existe en manos de quienes se proclaman inmaculados opositores que guardan y atesoran su botín mientras el pueblo lo paga como deuda interna.

Ahora el orteguismo es un lebre que guarda e impone su poder en todas las estructuras del país. Lenín lo proclamaba: "Todo el poder a los soviets". Aunque nunca como ahora el sandinismo fue tan fuerte, esa fuerza será electoralmente negativa porque la abstención será descomunal, y se quedarán, sin quererlo, con todas las alcaldías; no podrán ocultar el golpe



bajo y la dictadura avanzará.

Además, las elecciones municipales poco le interesan al electorado, y con esta estructura electoral, todo intento de competencia es para ser cómplice, y no para competir.

Será como un púgil peso pesado contra un peso paja, pero con el árbitro y los jueces empleados del peso pesado y los palcos vacíos. Nadie creará en el resultado por la superioridad desproporcionada. Y quizá los artistas del CSE hagan sus malabares en los resultados para disimular un poco la vergüenza de la clase política.

No se repetirá la historia de las elecciones de 1947 ni el nombre del doctor Enoc Aguado. El orteguismo ganará per-

diendo. Serán los días de las películas rentadas para no ver la sordidez en la TV.

Es tarde para corregir el nuevo abuso. Las consecuencias del planificado fraude de noviembre se verán después. Al orteguismo no le importa nada; tiene a la oposición comprada, la opinión internacional le vale un sorbete. Sin motivación política ni líderes, el país y el pueblo continuarán inertes, como si el tiempo avanzó desde 1996 hasta 2004 y retrocedió los diez años andados.

Y la clase política, magistrados, diputados, gozando de sus cheques mensuales, hablando pamplinas como proponer que el gallo pinto sea patrimonio nacional.